

Transportar viajeros y mercancías bajo el principio de seguridad, con una clara orientación al cliente, con la máxima calidad, eficiencia, rentabilidad e innovación y sobre la base del compromiso con la sociedad y el desarrollo de sus empleados es **la principal obligación y responsabilidad de Renfe** como operador ferroviario.

Además, y con la finalidad de activar de forma permanente su compromiso con la ciudadanía, la compañía ha proyectado en los últimos años una estrategia de Responsabilidad Social Empresarial denominada **"Un tren de valores Renfe"**.

Durante 2009, y dentro de dicha estrategia, Renfe ha desarrollado el proyecto **"Un tren de valores para un mundo mejor"**. Una iniciativa de carácter social con doce de las más importantes ONG y agencias internacionales que tiene como fin impulsar doce proyectos de cooperación para el desarrollo en diferentes partes del planeta. De esta forma, Renfe se implica en una tarea de apoyo y divulgación que tiene la pretensión de ayudar a lograr el cumplimiento de los llamados Objetivos de Desarrollo del Milenio de Naciones Unidas. Tu colaboración también es importante, porque hasta el más pequeño gesto cuenta.

Más información en: www.renfe.com

Premios del Tren



El viaje
BENJAMÍN PRADO

El viaje
BENJAMÍN PRADO

Aquellas cartas
MARCO ANTONIO CAMPOS

Aquellas cartas
MARCO ANTONIO CAMPOS

Un tren de valores
para un mundo mejor

renfe

El tren
y la solidaridad

Si quieres colaborar ingresa tu aportación en la cuenta:
"Renfe - Un tren de valores para un mundo mejor"
(Nº de cuenta: 0182 2370 47 0201516665) que BBVA
ha puesto a disposición de este proyecto.

Envía VALORES al 5453 y colaborarás con
"Un tren de valores para un mundo mejor"

El coste del mensaje es de 1,20€ + IVA. Válido hasta el 31 de diciembre de 2009. La información recogida mediante la presente acción no será utilizada por Renfe para realizar futuras comunicaciones.

Fundación de los Ferrocarriles Españoles

Un tren de valores
renfe

Protocolo

PILAR CLEMENTE ARELLANO

Nacida en Barcelona, es diplomada en Empresariales. Forma parte del claustro de profesores del Aula de Lletres, Escola de les Arts Escrites (Terrasa, Barcelona), donde imparte clases desde hace cinco años. Actualmente compagina sus estudios de Filología Hispánica con la participación en un proyecto piloto de enseñanza del español para inmigrantes.

Sólo faltaban unos minutos para las ocho de la mañana cuando la muerte dejó atrás la estación y con parsimonia continuó caminando hacia el paso a nivel. Hacía dos años que la habían trasladado del departamento de transporte aéreo al de transporte terrestre; primero a la sección de autopistas, después a carreteras comarcales y desde hacía una semana, la tenían dando vueltas por los pasos a nivel de la zona norte. Cansada llegó al margen de la carretera que le ofrecía mayor visibilidad y se apoyó en el guardarrailes; desde allí controlaba el paso a nivel y divisaba la estación. Sacó con desgana el portafolios del bolso y lo sujetó con una mano mientras se ayudaba de la otra para reseguir el protocolo. En la segunda página encontró lo que buscaba: en lo que iba de año, habían muerto en aquel paso a nivel tres personas; le faltaba una para cubrir objetivos. Objetivos. Maldita palabra, por su culpa estaba allí. Se lo había dicho bien claro el de personal: *señorita 3.330 o espabila o tendré que tomar medidas. Lleva una eternidad sin cumplir objetivos y eso no puede ser. Las cosas han cambiado mucho desde que usted*

ganó la plaza. Y tanto que habían cambiado, antes todo era más fácil; no había controles estadísticos ni ratios de eficiencia que acababan crispando los nervios. Respiró hondo, o se cogía la baja o acabaría con una depresión. Miró su reloj, las ocho y veinte, en tres minutos pasaba el Talgo destino Zaragoza. Por la calle de enfrente, lejos, a unos cien metros, divisó a un ciclista; empezó a sonar el pitido que anunciaba la bajada de barreras y simultáneamente el semáforo cambió a rojo. La muerte observó que el Talgo aún ni se divisaba. Cuando volvió a centrarse en el semáforo, el ciclista esperaba detrás de la barrera junto a un hombre trajeado, con maletín de piel y una mujer que se apoyaba en el carro de la compra. Le pareció que algo se movía en la parte trasera de la bicicleta. ¡Mierda, un niño! El protocolo era claro, según el artículo 48, ciclista con niño en paso a nivel no era candidato aceptable. La muerte resopló. El del maletín mientras hablaba por el móvil, oteó a izquierda y derecha, sorteó la barrera y cruzó la vía. Siempre pasaba lo mismo, caviló la muerte, no podía ser la señora del carrito la imprudente, tenía que ser el ejecutivo; desde que en el Ministerio tenían en cuenta los índices macroeconómicos, los ejecutivos se habían vuelto intocables. Si ese espabilado no se daba prisa en cruzar, tendría que hacer uso del recurso de excepción y no le gustaba nada utilizarlo porque creaba confusión; después los medios de comunicación terrenales, que mira que eran ignorantes, no paraban de hablar de milagros. El ejecutivo alcanzó el otro lado de la vía segundos antes de que pasara el Talgo. La barrera no se levantó, en siete minutos llegaba un cercanías. El niño del ciclista lloraba. La muerte empezó a morderse las uñas. ¡Con un protocolo tan estricto cómo iba a cumplir objetivos! Se lo veía venir, acabaría en un vertedero contabilizando ratas. ¡Ella, que en Auschwitz fue condecorada con la medalla al trabajo! Pero ahora, sólo si

tenías enchufe prosperabas, y si no que se lo dijeran a la 3.591, compañera suya durante años en el vuelo París-Reikiavik, hasta que nombraron a su cuñado Inspector de Seguridad y Salud, y la mandó de inmediato a Asia, ¡a hincharse de tsunamis y terremotos! Detrás de la barrera se habían sumado un senegalés y un jubilado; esta vez no necesitó mirar el protocolo para saber que los inmigrantes, desde la huelga del departamento de *marketing*, estaban excluidos. Faltaban dos minutos para el paso del cercanías y nadie, ni siquiera el jubilado, tenía intención de atravesar la vía. ¡Qué asco, cuanto más viejos más prudentes! El cercanías pasó y se levantaron las barreras. El ciclista, el senegalés, la señora del carro de la compra y el jubilado pasaron rozándola sin percatarse de su presencia; ella los observó con desprecio durante unos segundos y finalmente, resignada, los apuntó en el recuadro de descartados.

Diez minutos después, el semidirecto de las nueve menos veinte llegó a la estación y la barrera se volvió a activar. Una adolescente se acercaba al paso a nivel escuchando el ipod y concentrada en el móvil que llevaba en la mano. La muerte buscó con avidez en el protocolo la sección de accesorios tecnológicos, ¡a ver si le iban a chafar la guitarra! El tren salió de la estación. Por una vez, el protocolo guardaba silencio administrativo. La chica esquivó la barrera sin levantar la cabeza. Los silbidos del semidirecto fueron repetidos y penetrantes pero la chica no se enteró. ¡*Por fin!*, masculló la muerte. Mientras rellenaba el recuadro número cuatro el aire se llenó de los gritos y lamentos de la gente que se apelotonaba alrededor del cuerpo de la chica; su alma se abrió paso entre la multitud y siguió caminando escuchando música y mirando el móvil, hasta que dos miembros del cuerpo de custodia la rodearon y procedieron a reducirla; sólo cuando se sintió acorralada, el alma levantó la vista del móvil.

—¿Pero qué pasa? —gritó revolviéndose—. ¡Suéltenme! Estás muerta querida —dijo la muerte con la voz teñida por el cansancio de quien repite lo mismo mil veces.

—¡Sí hombre! Yo he quedao con el Julen en el descampao de detrás del cole —dijo desasiéndose de las manos de los del cuerpo de custodia y mostrándole el móvil a la muerte—. Me acaba de llegar el mensaje. ¡Qué le vamos a decir a la Jessi que no le puso los cuernos conmigo, sino con la guarra de la Loren! —lloriqueó el alma.

La muerte resopló, siempre la misma canción.

—Pues será en la próxima vida, porque en ésta te acaba de atropellar el tren. Si no estás conforme, pon una reclamación —sacó un impreso del portafolios y se lo entregó—. Rellénalo y entrégalo en la ventanilla 12, sección Instancias.

El alma confusa le pidió un bolígrafo.

—Me he dejado el estuche en casa —se justificó.

La muerte abrió el portafolios y le dejó su bolígrafo. Mientras esperaba que acabara, se entretuvo ojeando el protocolo; en la sección de derechos del trabajador descubrió que la consecución del doscientos por cien de los objetivos daba derecho a solicitar cambio de lugar de trabajo. Una sonrisa le iluminó el rostro.

—Ya estoy —dijo el alma devolviéndole el bolígrafo—. ¿Dónde está la ventanilla 12?

—Un momento, un momento, no tengas tanta prisa— contestó la muerte conciliadora quitándole la reclamación de las manos—. Yo entiendo que estés desconcertada y que te dé rabia no poder encontrarte con tus amigos. Mira, me has caído bien y te voy a ayudar.

La muerte le pasó el brazo por los hombros y la alejó de los miembros del cuerpo de custodia.

—¿Por qué no llamas al Julen y a la Jessi y les dices que quedáis aquí?

El alma sacó el móvil del bolsillo y empezó a marcar. La muerte sumó con los dedos.

—Y ya puesta, puedes decirle a la Loren que venga.